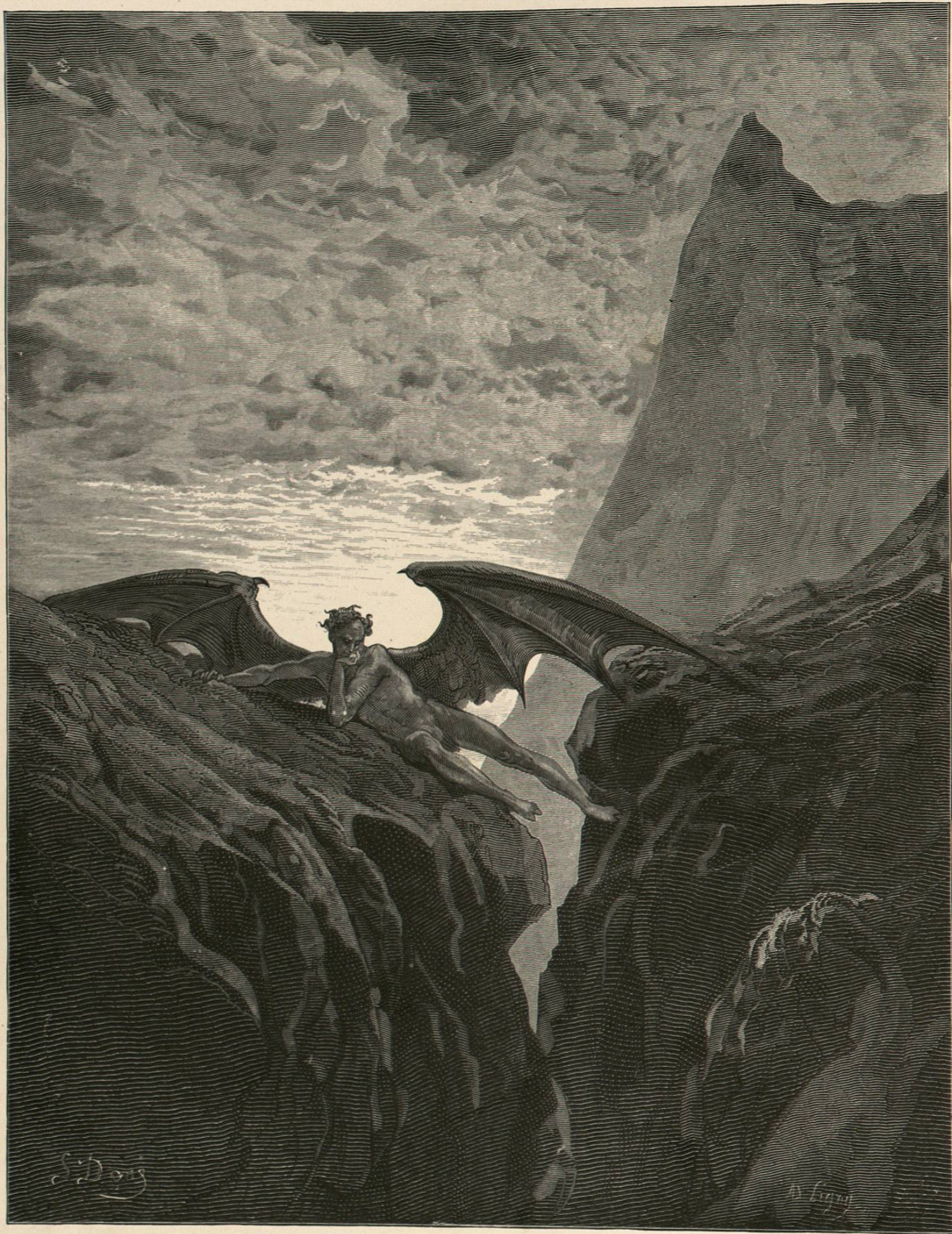


sinistro aspecto lanzarse uno contra otro, y chocar furiosos en medio del firmamento, confundiendo en una sus enemigas esferas.

»Levantaban á la vez ambos campeones sus temibles brazos, cuya fuerza era sólo comparable á la del Omnipotente, y ambos ideaban asestar un golpe que fuese el postrero y pusiera término á la lid. Competían en vigor, en destreza y agilidad, mas la espada de Miguel, sacada de la armería de Dios, era de tan acerado temple, que nada podía resistir á su cortante filo. Paró con ella un furioso tajo de la de Satan, rompiéndola en dos partes; y no bastando esto, tiróle una estocada, que penetrándole en el costado derecho, le abrió una enorme herida. Por primera vez sintió Satan el dolor, y comenzó á agitarse en horribles contorsiones; que el acero le destrozaba las entrañas; pero su etérea contextura no daba lugar á mayor estrago, y se repuso en su sér, saliendo de la herida copiosos borbotones de licor púrpureo, de sangre, tal como puede animar los espíritus celestiales, que manchó toda su armadura, poco há tan resplandeciente.

»De todas partes acudieron á socorrerle sus más denodados ángeles, poniéndose en su defensa, mientras otros le trasladaban en los pavéses hasta su carro, distante un buen trecho del campo de batalla. En él le depositaron, haciendo extremos de dolor y rabia, avergonzados de ver que no era tan invencible como creían, postrada su soberbia con tal desastre y desvanecida la confianza en que estaban de que su poder era igual al poder divino. Sanó empero muy pronto, porque los espíritus, en quienes todo es vida, existen por completo en cada una de sus partes, no como el frágil hombre en el conjunto de sus entrañas, de su corazón ó su cabeza, del hígado ó los riñones; no pueden morir sin reducirse á la nada; no es posible que el líquido de sus tejidos reciba una herida mortal, como no es posible que la reciba la fluidez del aire; son todo corazón, todo cabeza, y ojos y oídos y sentidos é inteligencia; y á medida de su voluntad mudan de miembros, de color, de formas y de apariencia, reduciéndose ó dilatándose, según conviene mejor á sus deseos.

»Llevábanse al propio tiempo á cabo memorables hechos por el lado en que combatía Gabriel, el cual con sus brillantes enseñas se entraba resueltamente por las espesas legiones que acaudillaba Moloc. En vano le perseguía este soberbio príncipe, jurando que había de arrastrarle encadenado á las ruedas de su carro, y blasfemando con impia lengua de la sacrosanta divinidad de Dios: quedó hendido de un mandoble desde la cabeza á la cintura, y lanzando rabiosos ayes,



LA NOCHE ENTRE TANTO COMENZÓ SU CURSO.



POR PRIMERA VEZ SINTIÓ SATAN EL DOLOR.

desapareció con su destrozada hueste. Otro tanto acaecía en los dos extremos de la batalla, donde Uriel y Rafael triunfaban de sus orgullosos enemigos Adramalec y Asmodeo, á pesar de sus gigantescas fuerzas y sus diamantinas armaduras, viéndose ambos tronos castigados cuando más prepotentes se creían, y caídos de su altivez, sin que sus armas y defensas los preservaran de huir cubiertos de horribles heridas. Ni se mostró Abdiel más remiso en escarmentar á la descreída muchedumbre, cayendo á impulsos de sus repetidos golpes Ariel y Arioc y Ramiel, que se distinguía por su violenta ferocidad.

» Pudiera referirte las proezas de otros muchos millares de ángeles para perpetuar en la tierra la memoria de sus nombres; mas estos bienaventurados se contentan con la gloria de que disfrutaban en el cielo, y no han menester las alabanzas de los hombres. Y en cuanto á los adversarios, bien que no les neguemos su poder y esfuerzo bélico, ni la fama que ambicionaban, merecedores como se hicieron de la maldición que el cielo echó sobre ellos, dejémoslos yacer entre las tinieblas del olvido; porque la fuerza que se aparta de la verdad y de la justicia no es digna de estimación y loa, sino de reprobación y de menosprecio; aspira á la gloria por medio de un vano orgullo, y á la reputación valiéndose de la infamia: quede, pues, condenada á silencio eterno.

» Rendidos los principales caudillos, comenzó el combate á declinar, multiplicándose los desastres, y comenzaron la derrota y la confusión. Veíanse aquellos llanos cubiertos de despojos y armas despedazadas; los carros hechos trizas, los conductores y los caballos amontonados y envueltos en humo y en vivas llamas. Los pocos que subsistían en pié retrocedían azorados y comunicaban su desaliento á los ejércitos de Satan, que apenas acertaban á defenderse, que por primera vez sentían la debilidad del temor y los dolores del sufrimiento, y que huían ignominiosamente, avergonzados de verse reducidos á tal extremo por mal de su pecado y su rebeldía. Hasta entonces ignoraban lo que era miedo y cobardía y angustia.

» ¡En cuán diferente situación se hallaban los santos inviolables! ¡Cuán firme, cuán entera avanzaba su falange, igual en sus filas, indestructible, segura de su victoria! Debía esta ventaja á su inocencia, que tan superior la hacía á sus enemigos. No había incurrido en el pecado de desobediencia, y se mantenía animosa en la confianza de quedar incólume, aun cuando la violencia de la refriega turbaba á veces el orden de sus legiones.

» La noche entre tanto comenzó su curso, y esparciendo su oscuridad por el